

POUL ANDERSON

LA PATRULLA DEL TIEMPO



Manse Everard es un patrullero del tiempo, uno de los esforzados paladines que protegen la historia de las alteraciones que una máquina temporal podría introducir en la incierta matriz del futuro. Reunidas por primera vez todas sus aventuras en un solo volumen, le vemos intrigando entre los persas, con los conquistadores españoles, en la Germania invadida por Roma y en otros muchos momentos cruciales de la historia. Un completo repaso al pasado de la humanidad como sólo cabe esperar del autor de la inolvidable *La nave de un millón de años*.

Relatos incluidos en la obra

Patrulla del Tiempo (*Time Patrol*, 1955). [Relato]

El Valor de un Rey (*Brave to Be a King*, 1959). [Relato]

Las Cascadas de Gibraltar (*Gibraltar Falls*, 1975). [Relato Corto]

La Única Partida en esta Ciudad (*The Only Game in Town*, 1960). [Relato]

Delenda Est (*Delenda Est*, 1955). [Relato]

Marfil y Monas y Pavos Reales (*Ivory, and Apes, and Peacocks*, 1983). [Novela Corta]

El Pesar de Odín el Godo (*The Sorrow of Odin the Goth*, 1983). [Novela Corta]

Estrella del Mar (*Star of the Sea*, 1991). [Novela Corta]

El Año del Rescate (*The Year of the Ransom*, 1988). [Novela]

Presentación

La paradoja temporal es un tema recurrente en la ciencia ficción más clásica y un cliché tan habitual en el género como lo es el famoso problema del asesinato en una habitación cerrada por dentro en la novela detectivesca. El peligro de las paradojas temporales incluso ha generado, en la ciencia ficción, la imagen de una nueva «policía temporal» dedicada, precisamente, a evitar sus terribles efectos. Si alguien modificara algún hecho en nuestro pasado, es de esperar que esa modificación pudiera transmitirse y amplificarse hasta producir un presente distinto, originando un verdadero «cronoseísmo» que debería ser evitado por los policías del tiempo.

En 1960, Poul Anderson ofrecía a los lectores de ciencia ficción la que entonces parecía una obra cerrada, GUARDIANES DEL TIEMPO, en la que se incluían cuatro historias protagonizadas por un patrullero del tiempo, Manse Everard.

Esas historias habían aparecido en la revista THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION. La primera de ellas era Patrulla del tiempo, publicada en 1955, el mismo año en que Isaac Asimov publicaba en Doubleday su novela EL FIN DE LA ETERNIDAD (1955), con un tema parecido pero un tratamiento muy diferente.

Se trata de las aventuras de la policía del tiempo que debe vigilar el pasado para evitar que si en el futuro se dispone de una máquina del tiempo, el hecho pueda alterar el devenir «normal» de la historia humana y con ello el mismísimo descubrimiento de la máquina del tiempo. El trata-

miento de Poul Anderson, como era de esperar, se centraba más en una inteligente revisión de la historia de la humanidad, con lo que hacía gala de sus amplios conocimientos sobre el tema, como nuestros lectores pudieron apreciar en la exitosa e inolvidable LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS (1989, NOVA, número 39).

A Patrulla del tiempo (1955) le siguieron Delenda Est (1955), El valor de un rey (1959) y La única partida en esta ciudad (1960), que, conjuntamente, formaron la primera edición de GUARDIANES DEL TIEMPO (1960). Más tarde, en la reedición de 1981 como LOS GUARDIANES DEL TIEMPO, se añadió «Las cascadas de Gibraltar» aparecida en 1975 también en THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION. Todas ellas quedaban unificadas por la temática de revisión histórica y, sobre todo, por el protagonismo de un mismo personaje: Manse Everard.

Dos años después de esa reedición ampliada de LOS GUARDIANES DEL TIEMPO apareció TIME PATROLMAN (1983), que solo incluía dos novelas cortas protagonizadas también por Manse Everard: Marfil y monas y pavos reales y El pesar de Odín el godo. Algo más tarde se publicaban en un único volumen, ANNALS OF THE TIME PATROL (1984), las siete historias conocidas hasta entonces protagonizadas por Manse Everard y la Patrulla del Tiempo.

Pero parece que el personaje, el tema y, sobre todo, el poder «jugar» inteligentemente con la historia, una de las grandes aficiones de Poul Anderson, le obligaron a volver al personaje y a su esforzado patrullar por el tiempo. El resultado fue Estrella del mar, una novela corta que se añadía a la serie y que, junto con El año del rescate (1991), finalizaba la serie que se recoge completa en esta LA PATRULLA DEL TIEMPO que hoy presentamos.

Los cinco relatos originales (que no ocupan ni la tercera parte de este macrovolumen), seguidos por cuatro novelas cortas inéditas en España, componen hoy la saga de la historia de LA PATRULLA DEL TIEMPO que se completa con

THE SHIELD OF TIME (1990), una nueva novela larga protagonizada también por Manse Everard.

Manse Everard es un patrullero del tiempo, uno de los esforzados paladines que protegen la historia de las alteraciones que disponer de una máquina del tiempo podría introducir en la incierta matriz de lo que ha de ser. En sus diversas aventuras por el pasado, lo vemos intrigando entre los persas de Cambises, Astiages y Ciro en su guerra contra Grecia; con los conquistadores españoles del imperio inca; con los vikingos y godos en la Escandinavia regida por Odín; en la Jerusalén de David y Salomón; en la Germania invadida por Roma y en otros muchos momentos cruciales de la historia. Un completo repaso al pasado de la humanidad con todo el sabor de la mejor especulación repleta de aventura.

Esta es, pues, una serie clásica en la historia del género. Una obra que, como la famosa LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS, ha hecho decir a especialistas como David Drake: «Este libro sería mi respuesta a la pregunta: ¿Qué libro dar a un amigo que no lee ciencia ficción?» Ciencia ficción que emparenta de forma natural con el éxito actual de la novela histórica, de la mano de un experto como Poul Anderson, Gran Maestro Nebula y el autor que más premios Hugo ha obtenido en toda la historia de la ciencia ficción. Un famoso especialista en el género que, en LA PATRULLA DEL TIEMPO, vuelve a maravillarnos con una visión inteligente de la historia que fue, la que pudo ser y, tal vez, la que será. Un tour de force que nos muestra como todas las ciencias (y no solo las duras...) proporcionan buen material para la mejor ciencia ficción.

De Anderson ha dicho THE DETROIT NEWS: «Poul Anderson es el primer historiador de la ciencia ficción: pasado, presente e historia alternativa.» Incluso un colega de Anderson (y por lo tanto competidor...), el premiado autor de ciencia ficción Vernor Vinge, ha reconocido la maestría de Anderson en el tema histórico: «LA PATRULLA DEL

TIEMPO combina la gran aventura con una aguda percepción histórica. Una inolvidable mezcla del pasado y el presente con tiempos que podrían llegar a ser».

Y eso es lo que nos ofrece LA PATRULLA DEL TIEMPO: historia, aventura y ciencia ficción inteligente especulando con lo que pudo haber sido y no siempre fue.

Se suele decir que la ciencia ficción se caracteriza por su carácter especulativo y, también, por el sentido de lo maravilloso.

El carácter especulativo responde a lo que podríamos llamar el «condicional contrafáctico» (algo que contradice los hechos conocidos hasta el momento actual) y que, más llanamente, se sintetiza en intentar responder a la clásica pregunta: ¿Qué sucedería si...?, y añadan aquí la hipótesis que quieran mientras se enfrente a la realidad conocida.

El sentido de lo maravilloso es la inevitable sorpresa (y si la obra es buena esa sorpresa deviene maravilla...) ante una sociedad, un mundo, unos personajes o una tecnociencia distintos de los que conocemos. En este sentido, siempre he dicho que la ciencia ficción comparte ese carácter con los conocidos libros de viajes (que describen algo que desconocemos y despierta nuestra curiosidad) o con la novela histórica tan popular en la actualidad. Leer obras como LOS IDUS DE MARZO (1948) de Thornton Wilder es en cierta forma seguir una trama conocida (el asesinato de César) pero repleta de detalles acerca de cómo se vivía en la Roma de esos días, algo ya imposible para cada uno de nosotros. De ahí la sorpresa y el sentido de lo maravilloso.

Evidentemente, la ciencia ficción que hace especulación en torno a hechos históricos viene a ser el summum de todo ello. Y eso es lo que encontramos en las historias sobre una policía del tiempo encargada de prevenir las paradojas temporales.

Conviene recordar que la idea de los viajes en el tiempo, concretamente de una policía del tiempo, es ahora sumamente popular en nuestro país gracias al éxito casi ines-

perado de la serie televisiva de TVE EL MINISTERIO DEL TIEMPO. Suelo citarla como ejemplo de cómo los temas más propios de la ciencia ficción clásica, esos temas que eran, hace treinta o cuarenta años, patrimonio exclusivo de los autores y lectores del género, están llegando claramente al gran público, que descubre que no son tan difíciles y que, además, pueden resultar sumamente entretenidos e interesantes en sus especulaciones.

Pero déjenme comentarles algo más sobre el tema de los viajes en el tiempo.

Todos somos viajeros del tiempo, pues nos desplazamos en él hacia adelante a la clásica «velocidad» de un segundo por segundo transcurrido. La ciencia ficción, en cambio, ha imaginado la posibilidad de moverse en ambos sentidos (hacia adelante y hacia atrás) a velocidades superiores, lo cual abre nuevas posibilidades de aventura y nuevos territorios que explorar.

El primero en abordar el viaje por el tiempo, como tantos temas en la ciencia ficción, fue el británico Herbert G. Wells con LA MÁQUINA DEL TIEMPO (1895), un intento de situar en un futuro muy lejano (el año 802.701) una caricaturesca especulación en torno al posible futuro de las clases sociales: los burgueses dependientes del trabajo ajeno (los infantilizados eloi de la novela) y los proletarios acostumbrados a trabajar con las máquinas (los bestializados morlock). Una visión que recogía las preocupaciones del socialista fabiano que era Wells. Más recientemente, para celebrar el centenario de la aparición de esta novela de Wells, Stephen Baxter publicó una, digamos, continuación autorizada con el título LAS NAVES DEL TIEMPO, señal de que en los cien años transcurridos la humanidad había aprendido muchas más cosas, entre ellas la teoría de la relatividad einsteniana...

Más adelante, los autores de ciencia ficción descubrieron que, si bien el viaje al futuro permitía imaginar y mostrar las posibles consecuencias de nuestro presente, el viaje

al pasado abría un mundo nuevo de especulaciones lógicas en torno a las paradojas que podía provocar. Hay paradojas abiertas, como la clásica de la persona que viaja al pasado para acabar matando a su abuela (matar al abuelo puede no crear paradojas: simplemente la abuela podía haber sido infiel...) antes de que engendrara a su propio padre (o madre), haciendo así imposible su propio nacimiento. Las consecuencias de los actos del protagonista impiden su vida y, por consiguiente, paradójicamente, su propia actuación.

Existen asimismo paradojas de círculo cerrado en las que la información «circula» sin creador evidente. Un caso famoso y muy repetido es el del historiador literario que desea averiguar quién escribió las obras de Shakespeare. Para ello viaja al pasado y allí descubre que Shakespeare es un joven holgazán nada dotado para las artes literarias y, llegado el momento en que se publicaron cada una de las obras del bardo inmortal, el historiador se ve obligado a copiarlas del volumen de obras completas de Shakespeare que lleva consigo. Solo así evitará que se produzca un grave cataclismo en el devenir histórico, aunque eso deja todavía mucho más abierta la pregunta sobre quién escribió realmente las obras de Shakespeare. Un ejemplo de este tratamiento de la paradoja se encuentra en el relato Misterio Mayor (1956) de José Mallorquí o en Las puertas de Anubis (1983) de Tim Powers.

En otras historias, como ocurre en el relato Los hombres que asesinaron a Mahoma (1958) de Alfred Bester, se postula que cada ser tiene un continuum temporal que le es propio, con lo que una intervención en el pasado solo altera el presente del viajero, sumiendo al autor del «cronoseísmo» en un mundo de sombras cada vez más vagas cuanto mayor o más repetida es la intervención en el propio pasado.

El caso más extremo del uso narrativo de las paradojas temporales tal vez corresponda al famoso relato ¡Todos vo-

sotros zombis! (1959) de Robert A. Heinlein, en el cual el protagonista, gracias a oportunos viajes por el tiempo que incluyen un secuestro, una violación y un estratégico cambio de sexo, llega a ser al mismo tiempo su propio padre y su propia madre, lo que le permite afirmar con orgullo que él conoce de verdad su origen y que todos los demás no somos más que unos pobrecitos zombis sin origen establecido. Afortunadamente, los hermanos australianos Michael y Peter Spierig escribieron el guion y dirigieron una interesante película, PREDESTINATION (2014), basada en el famoso relato de Heinlein (lástima ese título y el «terrorista fallido» que introdujeron en la trama, no se sabe demasiado bien por qué...).

Hay incluso un brillante relato original «made in Spain» sobre paradojas temporales. Se trata de El día que hicimos la Transición (1995) de Ricard de la Casa y Pedro Jorge Romero, que ha sido publicado varias veces en el extranjero.

Respecto al tema de los extraterrestres, suele hablarse de la llamada «Paradoja de Fermi», ya que no deja de ser paradójico que, si hay extraterrestres en algún lugar de la galaxia, es en cierta forma sorprendente que no hayamos sabido de ellos (teorías conspiratorias tipo CUARTO MILENIO aparte...). Algo parecido podría decirse de la posibilidad real de la máquina del tiempo: si llega a haberla en el futuro, ¿por qué no vemos viajeros del tiempo? En este caso la respuesta es mucho más sencilla y posiblemente de raíz esencialmente económica. Solo con que la energía necesaria para hacer funcionar esa máquina del tiempo fuera proporcional, digamos, a la cuarta o quinta potencia de la variable tiempo (expresada por ejemplo en segundos, como suele ser habitual en física), imaginen la cantidad de energía que haría falta para desplazarse al pasado unos cuantos años... O sea que por ese lado podemos estar tranquilos: en el tema del viaje por el tiempo es probable que no exista el equivalente a la Paradoja de Fermi.

En cualquier caso, como ya les contaba en mi CIENCIA FICCIÓN: NUEVA GUÍA DE LECTURA, para quien pueda estar interesado, el doctor Paul J. Nahim ha escrito el que, hasta hoy, me parece el libro definitivo sobre los viajes en el tiempo, tanto en relación con la ciencia ficción como con la física y la metafísica. Se trata de TIME MACHINES: TIME TRAVEL IN PHYSICS, METAPHYSICS AND SCIENCE FICTION (Máquinas del tiempo: el viaje en el tiempo en la física, la metafísica y la ciencia ficción, segunda edición de 1999). No es una lectura fácil, pero resulta interesantísima.

En cualquier caso, distinciones físico-filosóficas aparte, LA PATRULLA DEL TIEMPO es uno de esos clásicos indiscutibles de la ciencia ficción y, déjenme decirlo de una vez, una gozada de lectura. En estos tiempos en que, siendo tanto lo que se publica ya no es fácil dejarse llevar por una historia y disfrutar del placer de su lectura, estas narraciones de Poul Anderson recuperan el viejo y satisfactorio pulso de relatos que juegan con la Historia de la mano de uno de los mejores autores de la ciencia ficción de todos los tiempos.

Sin desmerecer a tantos y tantos nuevos autores de la mejor ciencia ficción, sigo pensando que un poco de Anderson sigue siendo mucho Anderson. Los clásicos siguen siendo clásicos...

Que ustedes lo disfruten.

Hasta pronto.

MIQUEL BARCELÓ

Patrulla del Tiempo

1

SE PRECISAN HOMBRES. De entre 21 y 40 años, preferiblemente solteros, con experiencia militar o tecnológica y buenas condiciones físicas para trabajo bien remunerado que incluye viajes al extranjero. Compañía de Estudios de Ingeniería, 305 E. 45, de 9 a 12 y de 14 a 18.

—El trabajo, como podrá comprender, se sale un poco de lo corriente —dijo el señor Gordon—. Y es confidencial. ¿Puedo confiar en que sabe guardar un secreto?

—Normalmente, sí —dijo Manse Everard—. Depende, por supuesto, de la naturaleza del secreto.

El señor Gordon sonrió. Era la suya una sonrisa curiosa, dibujaba con los labios una curva cerrada que no se parecía a ninguna sonrisa que Everard hubiese visto. Hablaba un americano general fluido y coloquial, y vestía un traje de negocios sin nada destacable, pero tenía un aire extranjero que no se debía solo a la piel oscura, las mejillas lampiñas y la incongruencia de unos ojos mongólicos sobre una nariz caucasiana. Era difícil de situar.

—No somos espías, si eso es lo que piensa —dijo. Everard sonrió.

—Lo siento. Por favor, no piense que me he vuelto tan histérico como el resto del país. En todo caso, jamás he tenido acceso a datos confidenciales. Pero el anuncio menciona operaciones en el extranjero, y tal y como están las

cosas... espero que comprenda que me gustaría conservar el pasaporte.

Everard era un hombre grande, de hombros poderosos y con un rostro maltratado bajo un pelo castaño de corte militar. Tenía sus papeles justo delante: la licencia del Ejército, los informes de trabajo como ingeniero mecánico en varios lugares. El señor Gordon aparentemente apenas los había mirado.

La oficina era corriente: una mesa y un par de sillas, un archivador y una puerta al fondo; una ventana se abría al tráfico atronador de Nueva York, seis pisos más abajo.

—Un espíritu independiente —dijo el hombre desde detrás de la mesa—. Me gusta. Muchos vienen aquí arrastrándose, como si agradeciesen una patada. Claro está que con sus cualificaciones todavía no está desesperado. Todavía puede conseguir trabajo, incluso en... ah, creo que el término actual es reajuste progresivo.

—Estuve interesado —dijo Everard—. He trabajado en el extranjero, como puede ver, y me gustaría volver a viajar. Pero para ser sincero, todavía no tengo ni la más remota idea de a qué se dedica su empresa.

—Hacemos muchísimas cosas —dijo el señor Gordon—. Veamos... ha entrado en combate. Francia y Alemania. —Everard parpadeó; sus papeles incluían una lista de medallas, pero habría jurado que el hombre no había tenido tiempo de leerla—. Humm... ¿le importaría agarrar esos pomos de la silla? Gracias. Bien, ¿cómo reacciona ante el peligro físico?

Everard se mosqueó.

—Vamos a ver...

Los ojos del señor Gordon miraron brevemente un instrumento que tenía en la mesa: no era más que una caja con una aguja y un par de diales.

—No importa. ¿Cuál es su opinión sobre el internacionalismo?

—Pero qué...

—¿Comunismo? ¿Fascismo? ¿Mujeres? ¿Sus ambiciones personales? Eso es todo. No tiene por qué responder.

—Pero ¿qué demonios es esto? —le dijo bruscamente Everard.

—Un breve examen psicológico. Olvídelo. No me interesan sus opiniones más que en la medida en que manifiestan una orientación emocional básica. —El señor Gordon se arrellanó, uniendo los dedos—. Hasta ahora es muy prometededor. Bien, de esto se trata. Hacemos un trabajo, como ya le he dicho, muy confidencial. Planeamos... planeamos dar una sorpresa a la competencia. —Rio—. Adelante, denúncieme al FBI si quiere. Ya nos han investigado y estamos completamente limpios. Descubrirá que realmente realizamos operaciones financieras y de ingeniería a escala mundial. Pero el trabajo tiene otro aspecto, para el que queremos hombres. Le pagaré cien dólares por entrar en la habitación trasera y someterse a una batería de pruebas. Durará unas tres horas. Si no las pasa, ahí acaba la historia. Si lo hace, le enrolaremos, le contaremos los hechos y empezará su entrenamiento. ¿De acuerdo?

Everard vaciló. Tenía la sensación de que todo iba demasiado rápido. Allí había algo más que una oficina y un tipo amable. Aun así...

Una decisión:

—Firmaré cuando me haya dicho de qué va todo.

—Como desee. —El señor Gordon se encogió de hombros—. Como le convenga. Las pruebas dirán si va a hacerlo o no, ya sabe. Empleamos técnicas muy avanzadas.

Aquello, al menos, era completamente cierto. Everard sabía algo sobre psicología moderna: encefalogramas, pruebas de asociación, el perfil de Minnesota. No reconoció ninguna de las máquinas cubiertas que susurraban y parpadeaban a su alrededor. Las preguntas que le disparó el asistente —un hombre de piel blanca y completamente calvo de edad indeterminada, con un fuerte acento y sin expresión facial— le parecía que no guardaban relación con